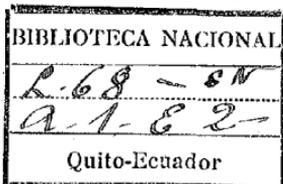


REFLEJANDO LA VIDA



Este Libro es propiedad de la Biblioteca

Nacional de la Casa de la Cultura

Su Venta es penada por la Ley

7619X 14 1/2
P. 123

Para la Biblioteca Nacional

El Autor

Quito, Oct. 8 de 1929

360-1(866) Bustamante
B982a
y-1

Guillermo Bustamante

REFLEJANDO LA VIDA



BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
NO. 5833 / 1990
PRECIO

0001125 - J.

QUITO - ECUADOR
Talleres Nacionales
M C M X X I X

Es propiedad

COMO UNICA VERDAD

VIDA ¡cómo has cambiado! De dulce y jubilosa
que iniciaste en la clara mañana tu faena,
ya tienes en la tarde la actitud pesarosa
de una infeliz mujer que se muere de pena.

Sentada en una piedra de tu largo camino
mientras tu fatigado pecho cobra aliento,
la fiel imagen hallas de tu triste destino
en la nube de polvo que arremolina el viento.



Hurtando tus miradas al paisaje desierto,
te abstraes en una honda meditación sombría
que descubre a tus ojos el solo rumbo cierto

En tanto que tus labios, como única verdad,
pronuncian, amargados, bajo el muriente día:
¡qué hipócrita mentira es la felicidad!

SUBE A LA ALTA MONTAÑA.....

ALMA, sé previsiva: no prodigues tu canto,
no disipes tu gracia, no malogres tu encanto;
guarda un rincón secreto dentro del corazón
donde no llegue nunca la mirada curiosa,
donde nadie conozca tu angustia dolorosa
y sola tú te encierres a rimar tu canción.

No te ofrezcas desnuda ante el mundo perverso,
ni digas lo que sufres al componer tu verso,
ni muestres dónde se alza tu torre de marfil;
los camellos románticos de tu azul caravana
pueden ser despojados por esa horda villana
que siempre, contra el arte, blande su acero hostil.

Sube a la alta montaña y serena tu anhelo
bajo la paz augusta que desciende del cielo;
haz más blanco el plumaje de tus alas divinas
copiando la blancura de las nieves eternas;
y sé como las aguas mansas y cristalinas
que miran desde el fondo de las hondas cisternas.

Hazte amiga del árbol rumoroso que ofrece
sombra bajo sus ramas que el loco viento mece,
y aprende de él la honda enseñanza que encierra,
que es el más dulce y grato milagro de la tierra:
en cada primavera renovar su fragancia
como un corazón viejo que tornara a la infancia.

Busca, a la luz que vierte el arcano lucero,
para tus sueños tristes el lírico sendero;
y, aunque el ritmo te ofrezca el dolor de una cruz,
presiona en tu cerebro, hurga en tu viva llaga,
hasta que, como brota la roja sangre, se haga
en tu Noche la Luz.

A L P O E T A

CALZATE las sandalias, cíñete la esclavina,
empuñe ya tu mano el bordón del romero
y, a los tenues albores de la luz matutina,
tu largo viaje emprende por el primer sendero.

No te asuste la yerma llanura de la vida;
peregrino del arte, tu alforja va colmada:
si el dolor te apuñala, los labios de tu herida
pronunciarán más dulce la palabra rimada.

Aprende a ver las cosas en su actitud más bella;
amor sólo hace falta a tus ojos de artista,
bajo el destello rubio de la lejana estrella
la vida más humilde es tierra de conquista.

Para tu lira, todo te ofrecerá una nota,
aun la brizna de hierba que con tu planta humillas.
Tus versos, sobre el mundo, desde tu cumbre ignota,
bajarán como un áureo reguero de semillas.

M I M A D R E

A mi hermano José Rafael.

CUENTAME, hermano;

díme, tú que gozaste del amor de su mano,
tú, que hundiste la frente en su tibio regazo
y tuviste el seguro refugio de su abrazo.

Cuéntame, aunque las lágrimas te sofoquen la voz
y en una misma angustia nos ahogemos los dos:

¿Cómo fué nuestra madre, esa madre querida,
que sólo alcanzó a darme el dolor de la vida?



¿Cómo fueron sus ojos, que yo los imagino
tristes ya, presintiendo la crueldad del destino?
¿Cómo fueron sus manos, que en mi orfandad las llamo
y que, sin conocerlas, locamente las amo?
¿Cómo fueron sus labios, que sólo en la partida
pudieron darme un triste beso de despedida?

Yo quiero que me digas: ¿cómo fué la dulzura,
cómo fué la nobleza de su gentil figura;
cómo sonó en su boca el grito de "¡Hijo mío!"
que yo escucho en mis noches de ciego desvarío?

Haz que en mí se refleje, como en una agua pura,
en la actitud más dulce de gracia y de ternura.

Yo haré de mi memoria un recinto sagrado
donde, nítido, guarde su recuerdo adorado.

P E N A S D E A Y E R

MMUSICA de la lluvia, qué monótona sueñas
sobre el hondo silencio del paisaje aterido
y en mi alma resucitas, en tumulto, las penas
que creyera enterradas, para siempre, el olvido.

Penas de ayer que vuelven a enseñarme su herida
como aquellos astrosos mendigos callejeros
que descubren las llagas de su carne podrida
impetrando la triste piedad de unos dineros.

Día sin sol, lo mismo que sin amor la vida,
cómo en tu densa bruma se siente el alma opresa,
y, plegadas las alas, se recoge cohibida
bajo la doble ráfaga de frío y de tristeza.

Hundido en mi poltrona dejo pasar el día,
sin llenarlo siquiera de un afán emotivo:
mi esperanza se borra con la azul lejanía
y mi ideal es un vago signo interrogativo.

MIRANDO TU RETRATO

Para Su Majestad

LUZ MARIA PRIMERA

Reina de Cuenca

EN un beatífico éxtasis sumido,
nada supo decir mi labio mudo;
sólo en mi intensa palidez se pudo
comprender la emoción que había sentido.

Ni en mi extraño soñar de alucinado,
ni en mi largo vagar de peregrino,
jamás mis ojos habían mirado
una más linda flor en el camino.

Como descende de la altura el día
sobre la pequeñez de cada cosa,
así en mi alma sentí que amanecía
bajo la claridad de eucaristía
que irradia tu mirada luminosa.
Despertó, entonces, mi esperanza,
despertó, vigilante, mi fervor,
y, siempre en pos de lo que nunca alcanza,
despertó mi amor.

Y cuando ya mi fantasía inquieta,
de eterno aventurero y de poeta
—gaviota blanca, levantó su vuelo
sobre el mar infinito de mi anhelo—
antes de que ella baje a tu ribera,
—de mi lírico elogio mensajera—
del sol occiduo a los destellos rojos
y eclipsando al prodigio vespertino,
tu deslumbrante resplandor divino
quemó sus alas y cegó sus ojos!

P R E D I C C I O N

SERA hoy; será mañana;
cuándo ha de ser, al fin;
aquello que me dijo una gitana
en una dulce tarde provinciana
junto a las rejas de un jardín?

Mientras sus negros ojos, en mi mano,
la clave descifraban del arcano
que se encerraba en mi destino,
pensaba yo, supersticioso,
en el presagio venturoso
de un nuevo amor en mi camino.

**Mas, de improviso, la sentí intranquila,
nublóse en llanto su pupila
y la miré palidecer;
pero, a su pena emocionada,
venció la ley de la Sibila,
y me predijo, despiadada,
la vengadora puñalada
que habrá de darme una mujer.**

L O S C A M I N O S

POR el sur, por el norte y de oriente a occidente,
por todas partes tejen su gran red los caminos,
para llevar, por sobre la tierra indiferente,
al placer o al dolor, los humanos destinos.

Non como largos brazos de pueblos fraternales
que tendieran la mano por encima de montes,
conduciendo un mensaje de palabras cordiales
cuando la paz aclara sus altos horizontes.

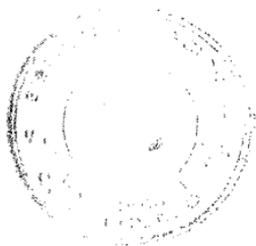
Son como palpitantes arterias dilatadas
por torrentes de vidas que arrojan las ciudades
y que invaden el orbe, en turbias marejadas,
arrastrando los vicios de las muertas edades.

Son como cauces anchos de ríos caudalosos
por donde fuera, lora, la codicia del hombre
—con las manos crispadas, con los ojos ansiosos—
tras del oro que finge una dicha sin nombre.

Son como gigantescas sierpes desenroscadas
que se arrastraran, lentas, por los campos dormidos,
y cuyas tenebrosas bocas emponzoñadas
vomitaran, de noche, millares de bandidos.

Son las trágicas rutas por las cuales avanza,
dilatadas las fauces, sobre el débil y el fuerte,
aquel monstruo macabro que surgió de la alianza
de los apocalípticos jinetes de la muerte.

**Por el sur, por el norte, de poniente a levante,
por todas partes tienden su gran red los caminos,
llevando, bajo el cielo impasible y radiante,
hacia el bien o hacia el mal, los humanos destinos.**



A L E L U Y A

CELEBRANDO tu alba de oro
canten las Hadas, en coro,
un Aleluya feliz
y tejan una guirnalda
de fina hiedra esmeralda
y heráldica flor de lis,
que tu palacio decore
cuando tu Alteza allí more
sobre dorado sitial;

y con musgo de sus grutas
alfombren todas las rutas
para tu paso triunfal,
mientras vayas por los prados.
—con los gnomos inspirados
que elogien tu juventud—
haciendo brotar las rosas
y florecer mariposas
con tu vara de virtud;
porque tú eres la Infantina
que preside cantarina
la fiesta primaveral,
bajo el fasto luminoso
que es un eterno alborozo
de este cielo ecuatorial.

ASI ME HA LLAMAR UN DIA.....

YA su luz, mi lámpara casera,
como un faro de amor, vierte a lo lejos,
* y se siente en el aire la fragancia
que exhalan las retamas en el huerto.

Una voz, la de mi amada, que me llama,
suena en la noche silenciosa, luego;
una voz dulce y cariciosa que se apaga
lenta, sin que responda yo ni el eco.

Pasan, casi rozándome la frente,
las membranosas alas de un murciélago,
y mis ojos le buscan en la sombra
que apenas deja adivinar el suelo.

Yo avanzo entre la noche, paso a paso,
guiado por mi instinto, como un ciego,
hacia el tibio rincón donde me aguarda
una mujer sin conciliar el sueño.

Otro grito más largo y angustiado,
trémulo ya de sobresalto y miedo,
hiere otra vez la entraña de la noche
cuyo silencio agranda su misterio.

Y yo, que nunca hice alto en mi camino
cuando escuché de su cariño el ruego,
siento hoy como un afán desconocido
de quedarme, soñando, en el sendero.

Y mientras, todavía, en el espacio,
bajo la muda calma de los cielos,
vibra, desesperado y balbuciente,
el clamor de su voz, casi funesto.

Pienso que así me ha de llamar un día,
entre un temblor de lágrimas y besos,
Ella, mi amada, la que es hoy mi dicha,
cuando me tenga entre sus brazos, muerto!

PARA TI, DISOLUTO

HOMBRE inútil que vives malgastando tus días
entre un fatuo cortejo de frívolos placeres
y, al igual de Heliogábalo, te agotas en orgías
en que alternan, fatales, el vino y las mujeres.

Haz una corta pausa en tu vivir. Dirige
con atención los ojos a la ruta ya andada,
y, cuéntame, sincero, si en verdad no te aflige
mirar, sobre la arena, tu huella ya borrada.

Yo sé que estás enfermo de cansancio y de tedio:
en tus hondas ojeras se delata el suplicio;
y, en ávida demanda de piadoso remedio,
sin pudor, te abandonas a la embriaguez del vicio.

En la acción solamente hallarás lo que ansías,
mendigo de una dicha que no arribó a tu lado
porque pronto quemaste tu caudal de energías
en la fragua que encienden la carne y el pecado.

Envidias al aldeano de manos laboriosas
que en el campo conducen a la yunta paciente,
y dejas que las tuyas permanezcan ociosas
ante el noble reclamo del surco y la simiente.

Sacude tu pereza; pon el músculo tenso,
apto para el esfuerzo del trabajo fecundo:
tu juventud aun tiene un porvenir inmenso
para dejar un rastro indeleble en el mundo!

C A N T O A L S O L

SOBRE la yerba muelle, tendido cara al cielo,
gozo de la caricia de este sol estival,
que derrite en las cumbres, con sus besos, el hielo,
que madura las mieses, pone la carne en celo
y es el ojo divino que mira, paternal.

La vejez aterida que presiente ya el frío
que un día irremisible congelará en sus venas
la sangre que fué idea y fué empuje bravío,
para sus miembros yertos, para sus hondas penas,
calor y olvido busca en este sol de estío.

La pareja de amantes que, asida de la mano,
y con los ojos puestos en un sueño lejano,
ambula por el parque, trémula de emoción,
al iniciarse en el sentimental arcano,
ama su luz que es júbilo dentro del corazón.

El enfermo que mira detrás de su ventana
el paisaje bañado de sol en la mañana,
y siente adolorida su carne pecadora,
por ese sol que dora la campiña lejana,
cautivo y suplicante, una lágrima llora.

Por El hay en las flores el polen fecundante
y rocío en la aurora y luz en el diamante
Por El, que es todo vida y es todo promisión,
del átomo invisible surge el sér dominante
que, olímpico, se yergue Rey de la Creación!

A SU MAJESTAD SERENISÍMA
ISABEL I
Reina de la Belleza del Ecuador

BELLA, más que la reina más bella de la Historia,
tu poderío surge junto al coloso andino,
cuya testa agobiada de vejez y de gloria,
de pedestal se ofrece a tu regio destino.

Tu nombre es para América un simbólico nombre:
Isabel fué la reina soñadora de España
que empujó a la conquista de un nuevo mundo al hombre
padre de la grandeza de la más grande hazaña.

**La suerte venturosa de un pueblo americano,
que el corazón entrega al extender la mano
y de cuya nobleza habla la tradición,**

**De tus altos designios depende, ¡oh Soberana!:
¡que si él es hoy pequeño, sea grande mañana
por amor, obra y gracia de tu gran corazón!**

LA PREGUNTA FUNESTA

ES una inquietud vaga como un presentimiento
que a donde voy me sigue y en donde estoy la siento.
Es un desasosiego que eclipsa mi alegría,
poniendo en mi figura una actitud sombría,
como la de esos hombres que llevan en la frente
el dardo de una idea clavado fijamente.

A veces, en la noche, cuando dormir no puedo,
mi corazón se encoge de sobresalto y miedo,
porque algo que yo temo, sin poderme explicar,
parece que acechando estuviera mi hogar.

Y mi afán intranquilo, sin hallar la respuesta,
mentalmente formula la pregunta funesta:
¿Es talvez la miseria que, con sus pies desnudos,
se agazapa, harapienta, en los rincones mudos?
¿Es la traición, acaso, que, con su andar felino,
a mis espaldas viene por mi mismo camino?
¿Es por ventura el vicio, con sus taras fatales,
que merodea, aleve, cerca de mis umbrales?
¿O, misteriosa y grave, es la muerte que llega,
en alto la guadaña para empezar la siega?

I M P L O R A C I O N

Para Orestila.

SENOR: tú, que con sólo posar tu mano santa
sobre la triste carne corrompida y doliente,
le diste luz al ciego y salud al leproso;
tú, que un día dijiste a Lázaro: ¡Levanta!
ante tu humilde grey que atónita y ferviente
segufá por Judea tu paso milagroso.

Tú, que en dulces parábolas hablaste del castigo
y anatematizaste al corazón que engaña
y enseñaste, benévolo, a amar al enemigo
en el edificante sermón de la montaña.

Tú, que a la hija de Jairo le volviste a la vida
y la barca de Pedro rebosaste de peces.

Tú, que por esta pobre humanidad perdida
apuraste el cáliz del dolor hasta las heces.

Tú, que cada mañana nos das la luz del día
como una irradiación de tu esencia divina
y que así como te hallas en la alba eucaristía
también estás presente en la rosa y la espina.

Tú, Señor, que la hiciste tan hermosa y tan buena
a Ella que en sus manos tiene el precioso don
de curar las heridas, y mitigar la pena,
y encender una estrella dentro del corazón.

Tú, que su amor me diste sin conocer mi vida,
sin saber que tenía mi corazón dañado
y la mísera carne sensual empedernida
en quemarse en la llama del vicio y del pecado:

Mira dentro de mi alma todo el fango que llevo,
todo el mal que florece como en tierra de abrojos;
el poso de miserias que hoy, ante tí, remuevo,
y que sube a enturbiarme, de vergüenza, los ojos.

¿Cómo llevar para Ella, que me ama ingenuamente,
este acervo de culpas que a mí mismo me espanta?
¿cómo posar mis labios en su púdica frente,
ni siquiera en el polvo hollado por su planta?

Señor: obra el milagro: mi corazón dañado
purifica y consuela; mi carne enferma toca
para que quede sana del vicio y del pecado;
y tú, que todo puedes, Rabí de dulces ojos,
con sólo una palabra de tu divina boca,
¡dame un inmenso amor para amarla de hinojos!

DEMOS TODOS LOS BESOS

YA que la muerte todo lo ha de borrar un día
y no ha de quedar huella del instante que fulmos,
hagamos de la vida una báquica orgía
y gustemos las uvas de todos los racimos.

Si no sabemos cuándo nos ha de herir su mano
en el fondo de nuestros corazones confiados,
guardar nuestros afanes será un empeño vano
ya que serán, mañana, como la mies, segados.

Demos todos los besos, bebamos todo el vino
y nuestro amor digamos, con palabras galantes,
a la mujer que hallemos soñando en el camino;

Ahora que el minuto que vivimos es cierto
y nuestra primavera tiene ensueños amantes
y en nuestra carne joven hay un fauno despierto!

ESPERAR, SIEMPRE EN VANO.....

SUFRIR a todas horas el dolor obstinado
de no ser en la vida más que una sombra errante,
que, entre un futuro inútil y un estéril pasado,
va eternizando el tedio, verdugo, del instante,

Ser todo el tiempo esclavo del error cotidiano
que irradia desventuras sobre nuestra cabeza,
mientras, inútilmente, batalla nuestra mano
por librarnos la ruta de cieno y de aspereza.

Ver morir cada tarde—llena el alma de espanto—
como rosas abiertas recién en la mañana,
los amores que dieron sabor a nuestro canto
y el ideal que fué estrella de nuestra caravana.

Esperar, siempre en vano, que una voz nos despierte
en la noche, del hondo sueño nuestro, y nos hable
del profundo misterio que se esconde en la muerte
bajo la indiferencia de la paz inefable.

Y hasta que al fin, un día, nos llegue a la conciencia,
abatiendo del todo nuestro cuerpo vencido,
el pavoroso anuncio de la última sentencia
que nos condena al negro corazón del olvido.

T U C A R C A J A D A

TU boca me atormenta.

A todas horas tengo en la mía, sedienta
de tus besos, el ansia insatisfecha y loca
de humedecer los labios en la miel de tu boca.

La forma pequeñita de un corazón figura
en ella el hábil trazo de la roja pintura;
y cuando en un silencio romántico se obstina,
impasible y arcana para mi amor que apremia,
en mis ojos insomnes, de vicio y de bohemia,
siento yo que se enciende una fiebre asesina.

Y mientras tú, tranquila—o perversa, si quieres,
como en suma son todas las hermosas mujeres—
me incitas con tu larga mirada turbadora
donde cae la sombra de algún ^{añón} avieso,
ocultas tras la espalda, en actitud traidora,
se me crispan las manos por violentar tu beso.

Y cuando ya me apresto para el asalto aleve,
delatando mi intento en la mirada loca,
ávida de la roja tentación de tu boca
que una hoguera simula sobre un campo de nieve,
corta mi atrevimiento, como una cuchillada,
con insolente burla, tu bufa carcajada.

MIA SOLA ES LA CULPA

SINCERAMENTE sufro de haberte entristecido,
cuando fuiste la joven alondra mañanera
que llevó de sus alas el calor a mi nido
y llenó de su alegre canto mi primavera.

Me acuso de haber sido como un ciego a tu lado,
o mejor como un loco cuya mano inconsciente
por aprehender un sueño en el cielo estrellado
olvidó, sobre el polvo, un joyel refulgente.

Mía sola es la culpa de haber ensombrecido
nuestro amor que tan claro luciera en la mañana
de nuestro primer beso bajo el "cholán" florido.
¡Tristeza de hoy que agranda esa dicha lejana!

Y no basta que olvides tu pena y mi desvío:
mientras me punce el dardo de mi remordimiento,
yo siempre seré un hombre amargado y sombrío
con el inconsolable corazón irredento!

D E T E N T E !

VENIA ya de lejos y aun tenía delante
un camino infinito el mudo caminante.

Su origen se perdía en el caos profundo
y su fin ignoraba la conciencia del mundo.

Con las cuatro estaciones marcó su itinerario
y los siglos formaron su eterno calendario.

Su paso por el cosmos iba dejando rastros
imborrables: la tierra se abría en anchas grietas,
cambiaban de lugar, en el ciclo, los astros
y el mar era un continuo temblor de aguas inquietas.

En las frentes su mano trazaba hondas señales
cual si dejara impresas sus huellas digitales.

En su marcha no oía la canción de la fuente
ni el rugido del viento;
ni llegaba a su mente
la voz del pensamiento.

Sin atender al grito
del sufrimiento humano,
impasible y callado se hundía en el arcano,
mirando solamente su camino infinito.

Los hombres en su empeño de eternizar sus vidas
y escapar de la muerte, le gritaban: ¡detente!
y, ante el asombro mudo de sus almas sufridas,
el viajero su viaje seguía indiferente.

Na podía hacer alto. Como un alucinado
andaba noche y día con gesto ensimismado.

Venía ya de lejos y aun tenía delante
un camino infinito el mudo caminante.



P A G I N A D E A L B U M

**Para la Señora Doña
ZULEMA de BARILARI**

TU belleza no puede tener en paz la tierra.
Tu corazón altera el equilibrio astral.
Pueblos y continentes han de hacerse la guerra
mientras en la belleza se encarne lo fatal.

Debes tener tu historia. Debe haber en tu vida
el recuerdo inquietante de un drama pasional:
y tras tí debe erguirse la figura suicida
de un hombre, en cuyo pecho, se hunda aún el puñal.

A tu paso se encienden las más vivas pasiones,
tiemblan bajo tus ojos de amor los corazones
y vas dejando un rastro de luz al caminar;

Tu palabra electriza todas las voluntades,
eres el ansia eterna de todas las edades:
tu grandeza se mide con el cielo y el mar!

BIEN ESTA QUE LLORES

BIEN está que llores porque tú quisiste
labrar nuestra pena con tu propia mano;
bien está que sufras y que seas triste
ahora que sabes que todo es en vano.

Bien está que sepas que la vida es dura,
y que la azul ruta, falaz, te sorprenda,
trocándose en triste vía de amargura
cuando de tus ojos descorras la venda.

Bien está que sufras Así sabrás cuánto
sufrí yo aquel día de angustia infinita
Bien está que llores Nublados en llanto
los ojos, acaso comprendas mi cuita.

Acaso comprendas ahora que tienes
una visión clara de lo que he sufrido;
ahora que llevas clavado en las sienes
el triste recuerdo de lo que has perdido.

Y así, más humana—si paso a tu lado—
tendrás en tus ojos una honda emoción,
por lo que aun guardas, de nuestro pasado,
en lo más secreto de tu corazón.

EL CURA DE ALDEA

BAJO su ancho paraguas que el sol ha desteñido,
igual que al negro paño de su burda sotana,
el cura de la aldea, con paso distraído,
a pasear por el campo sale cada mañana.

Le esperan a la puerta los humildes mendigos
en cuyos ojos llora todo el dolor humano,
y a quienes él les llama: "mis mejores amigos"
al darles, generosa, la caridad, su mano.

Harapientas y alegres, cerrándole el sendero,
de rodillas le aguardan piadosas criaturas;
y el ademán es dulce de aquel varón austero
al bendecir a aquellos niños de frentes puras.

En sus ojos tranquilos hay la paz del que llega
al límite sereno de la renunciación,
y en su alba mano todo es dádiva, que entrega,
cumpliendo con la santa ley de su corazón.

Quien a su puerta llama en busca de consuelo
o quien llega a su reja lleno de contrición,
jamás vuelve a la calle sin dar gracias al cielo
y escuchar en sus labios el divino perdón.

El devuelve al aldeano la perdida esperanza
y le sirve de guía con su virtud y ejemplo;
él pone en su palabra una noble enseñanza
cuando a su grey sumisa le predica en el templo.

**Quien le mira en la plaza, después de la doctrina,
jugando con los niños de la apacible aldea,
puede decir que ha visto, a la hora vespertina,
a Jesús practicando su amor en Galilea!**

D O Ñ A P I L A R

HUESPED soy de una hotelera
que huele a fruta madura;
su pupila es una hoguera
donde, sensual, reverbera
su locura.

Luce un escote inquietante
como un abismo. Mi frente,
sufre un vértigo alarmante
cada vez que, aviesamente,

libre de vanos sonrojos,
su ebúrnea carne fragante
resplandece ante mis ojos.

Roja cereza mordida
por los dientes del pecado,
su linda boca bandida
me cuenta un cuento malvado
por encender de pasión
bajo el azul constelado
mi lírico corazón.

Y, por si acaso me atreva
a poner su amor a prueba,
esta noche, en la terraza,
al darme la despedida,
su mano, que es una brasa,
me hizo insinuante la oferta
de tener franca la puerta
y la lámpara encendida

Por eso, galantemente,
sin prolongar más su espera,
entrará hoy, furtivamente,
una sombra complaciente
al cuarto de la hotelera.

Y, mañana en la mañana,
al mirarla en la ventana,
no sabrá nadie explicar:
por qué es que Doña Pilar
ha amenecido tranquila
y tiene en su honda pupila
una paz crepuscular.

V E R S O S · I N G E N U O S

TUS caricias me han perdido,
ya no soy un hombre bueno:
en tus labios he bebido
un diabólico veneno.

Tarde me viene el temor
de haber errado el camino,
cuando ya tu triste amor
fatalizó mi destino.

**Lejos de tí ya la vida
ningún encanto me ofrece:
toda ventura es perdida
sin que tu boca me bese.**

**Arrulladora y amante,
versos ingenuos me pides;
y en ellos, yo, suplicante,
te pido que no me olvides.**

TU VIDA ES HOY UN SUEÑO

Para Amalia Páez Jijón

TU vida es hoy un sueño romántico en espera
del gran amor que un día ha de llegar ufano,
en busca del tesoro de tu azul primavera
que es luz en tu pupila y es caricia en tu mano.

En tu actitud de lánguida princesa veneciana
hay un poder extraño de seducción que inquieta:
gracia que a un mismo tiempo es divina y humana
y ha de tentar por siempre al hombre y al poeta.

**Debes ser refinada. Debes ser exigente.
En una áurea corona debe soñar tu frente,
segura de la gloria que te guarda el destino;**

**Y al mirar en la noche palpitar las estrellas,
deberá creer tu mente que has grabado tus huellas
en la arena impalpable del celeste camino!**

FILOSOFIA · EROTICA

CUANDO, ya arrepentida, quiera otra vez que la ame,
basta que me llame.
Basta que me diga
con la voz angustiada:
volveré a ser tu amiga,
volveré a ser tu amada.
Basta que me cuente
de la inmensa fatiga

de su vida doliente.
Bastará que confiese
que fué grave el pecado
de dejarme olvidado.
¡Bastará que me bese!

Yo tendré en su presencia,
como tuve en su olvido, una noble indulgencia.
Y, vencido, a su lado
y en actitud inerme,
olvidaré el pasado
sin poder defenderme.

Y la amaré de nuevo
sin rencor ni sonrojos,
con este amor que llevo
sediento de su boca,
con esta fiebre loca
que fulgura en mis ojos.

Y la amaré, rendido,
innémoro de agravios,
como un adolescente,
ahora que en la vida a amar he aprendido
con la risa en los labios,
filosóficamente.

L A D I C H A

EN el afán de que la dicha acuda
tuve, del corazón, franca la puerta,
y, con el alma emocionada y muda,
sufrí la angustia de la espera incierta.

Vino la primavera con sus galas,
sonó de los amores la dulce hora,
a las orugas les nacieron alas
y hubo un canto de alondras en la aurora.

La tierra fué un poema de colores,
el cielo fué un zafiro fulgurante
y el más árido suelo tuvo flores
bajo el nómada pie del caminante.

Y yo que estaba en la afanosa espera,
temblando como una hoja contra el viento,
ebrio de la fragante primavera:
hoy es—pensé—el feliz advenimiento.

Y a su encuentro salí por los caminos
bordeados de heliotropos y retamas,
donde un concierto de argentados trinos
al alba saludaba entre las ramas.

Mas, yo que de la dicha no sabía
sino el tenaz ardor con que la ansiaba,
creyendo que del cielo bajaría
puestos los ojos en el cielo andaba.

Hasta que, bajo el sol, roja la frente
y fatigado el pie sobre la senda,
erguirse ví ante mí, imponente,
al árbol de la bíblica leyenda.

Arbol a cuyo tronco ensortijada
la serpiente fatal vive en acecho,
buscando, con su boca emponzoñada,
el punto vulnerable en nuestro pecho.

El aire era un aliento que abrasaba;
mi carne, una ansia impura de placer;
la sierpe, un mito que se transformaba
en un divino cuerpo de mujer.

Luego la tentación; mi señ propicia
junto a la eterna fuente de pecado,
que en áurea copa brinda la caricia
que por siempre al corazón tiene engañado.

Se descorrió la venda de mis ojos,
el temor del castigo quedó extinto,
hubo una comunión de labios rojos
y fué la excelsa fiesta del instinto

.....

Era la noche. En una gris llanura
me encontré, mudo y solo, de improviso,
vagando, triste, y con el alma impura
lejana ya del falso Paraíso.

La duda atormentaba al pensamiento
rodeándolo de indescifrable arcano,
y el mal hervía en mí como el fermento
de la fruta carnal que asió mi mano.

Y, en vez de que la dicha llegue ufana
del corazón iluso a los umbrales,
me sorprendió la inmundada caravana
de los Siete Pecados Capitales.

**Y con ellos, en criminosa orgía,
y enfebrecido el labio sitibundo,
conocí, ante la luz del nuevo día,
la eterna sed que abrasa al mundo!**

V E N H O Y

VEN a mis brazos ahora que estoy pleno de vida.
Ven ahora que tengo joven aún mi boca
para cubrir de besos la tuya, imposita,
que como un rojo fruto mi apetito provoca.

Bríndame hoy tus encantos como un haz de primicias,
como un rubio haz de trigo segado ya en sazón:
mi amor, para la dulce fiesta de tus caricias,
rebosará la viva copa del corazón.

Ven hoy y no mañana, que, acaso, un nuevo anhelo
ha de golpear mi puerta como un huésped de honor,
trayendo en sus pupilas el azul de otro cielo,
portando entre sus manos un presente mejor.

Ven hoy, porque ¡quién sabe! si no será ya tarde
mañana cuando vengas a ofrecerme tu abrazo,
y adviertas que, a tu lado, me siento ya cobarde
y que sólo te pido la paz de tu regazo.

L A L O C A

UN amor que se fué turbó su mente
y alucinó su corazón amante;
en sus ojos los ojos del ausente
fueron una visión obsesionante.

A la luz de la luna, en el camino,
en espera de aquel que no vendría,
paseó, febril, su triste desatino,
hasta que el alba le anunciaba el día.

Fué desde aquella noche en que el amado,
faltando, infiel, a la amorosa cita,
la dejó, bajo el cielo constelado,
para siempre, esperando su visita.

Y, entonces, cada tarde, en el anhelo
de mirarle asomar por el ribazo,
su afán de amor se dilató hasta el cielo
y le aguardó, impaciente, su regazo.

Con el sol su esperanza renacía
y con más fe confiaba en el regreso:
sus lindos ojos llenos de alegría,
sus rojos labios prontos para el beso.

Pero el amante, tras lejanas tierras,
en busca de otro amor y de otro nido,
trasponiendo los montes y las sierras,
surcaba ya las aguas del olvido.

**Y ella que fué, del valle y la montaña,
la alondra alegre de armonioso trino,
se tornó, luego, en la manía extraña
de una loca soñando en el camino.**

**Y, en la actitud de su doliente espera,
fija la vista en el confín remoto,
se marchitó su dulce primavera
con los brazos tendidos a lo ignoto.**

CANTO A LA PRIMAVERA

OH triunfal Primavera! Oh regia epifanía
de la vida que canta su salmo de alegría
sobre toda la tierra y bajo el sol que baña
por igual, con su luz, el valle y la montaña.

Pródiga floescencia de toda la natura
en segura promesa de la vida futura

Resurrección de todas las fuerzas creadoras
para el diario prodigio de las nuevas auroras.

Despertar jubiloso de cantos y de trinos
que suenan a lo largo de todos los caminos,
porque a todos los pechos retorna la esperanza
de alcanzar, algún día, la bienaventuranza.

Renacer, en las almas, para un más alto vuelo,
de las alas azules que nos alzan del suelo,
y a nuestros ojos fingen redimirnos del barro
que fué, a la vez, origen del hombre y del guijarro.

Incesante connubio, en los parques floridos,
de los sexos que engendran los frutos y los nidos.

Juventud de la carne que en prolífico abrazo
une al macho y a la hembra sobre el común regazo.

Mágico mes de mayo, multicolora fiesta
que celebra, cada año, la sonora floresta,
donde la savia asciende en caudal amoroso
a la más alta yema del árbol más frondoso,
y hasta a la dura roca de verde musgo viste
para que nada tenga la apariencia de triste.

Milagro que eterniza la existencia del mundo
bajo la omnipotencia del esfuerzo fecundo,
para el que nada tiene significado vano,
porque, desde la estrella hasta el más vil gusano,
todos cumplen, devotos, la divina labor
que enseña el gran sentido de la palabra Amor!

DE LA EPOPEYA AMERICANA

B O L I V A R

JUNTO al mar, contemplando en su prócer memoria
el inmenso pasado que a sus ojos se abría,
volvió a soñar su sueño de libertad y gloria,
mientras la última, acaso, de sus horas vivía.

De pie, sobre la cresta de una roca saliente,
recoriándose, intacta, contra un cielo encendido,
su figura, que en triunfo se paseó un continente,
tenía la profunda tristeza de un vencido.

Una verdad insólita le amargaba ese instante
como fruto alcanzado tras una ardua jornada,
cuando al mirar su vida, de poniente a levante,
halló inútil la empresa de su genio y su espada.

Y en vano, con sus huestes, al evocar la historia,
volvió a verse salvando cinco opresas naciones:
la libertad—su sueño—le pareció irrisoria
para pueblos esclavos de mezquinas pasiones.

Y, entonces, desde el fondo de su clara conciencia,
mientras en torno todo parecía escuchar,
como escuchando al mundo la hiel de su experiencia,
decepcionado, dijo: “¡He arado en el mar”!....

.....
.....

Con las olas llegaba a la playa el lamento
incansable del agua. Llama que reverbera

semejaba a lo lejos una vela que el viento
llevaba, procelosa, a una ignota ribera.

Y en tanto que moría la obstinación quimérica
que quiso hacer un solo corazón de la América,
el sol de aquel crepúsculo, con infinito amor,
besó la frente mártir del Gran Libertador!....

CAMPOS DE EGLOGA

M I R E T I R O

Para Julio Moncayo.

MI retiro está en lo alto de una suave colina,
en la frente le besa el sol de las mañanas
y en su huerto frondoso cantan, madrugadores,
los pájaros golosos que pican las manzanas.
Con manos diligentes, la joven campesina,
aquella que enloquece de amor a los pastores,
pone en orden mis ropas, atiende mi cocina
y cuida que no falten, sobre mi mesa, flores.

Mi ventana domina todo el valle. Mis ojos,
errantes por el campo con mirada curiosa,
son como colegiales que están de vacaciones:
ya van tras del rebaño que trisca en los rastros,
ya persiguen el vuelo de una áurea mariposa
o ya registran, ávidos, entre los rodrigones,
las curvadas moreras de dulces frutos rojos.

“Palugo”, el viejo perro que siempre me acompaña
en mis largos paseos, es mi mejor amigo;
él conoce la senda que lleva a la montaña,
sabe dar con los nidos que bajo el rubio trigo
y entre los matorrales fabrican las perdices;
y menea la cola y da saltos de gozo
si descubre en el fondo de mis pupilas grises
que por mi ánimo cruzan ráfagas de alborozo.

Un intrépido bayo es mi otro camarada,
cuya carrera tiene la vehemencia de un vuelo;

cuando sobre él asciendo a la cumbre nevada
su ímpetu quiere siempre sobrepujar mi anhelo:
al verle, se diría que aviva su mirada
el loco afán humano de aproximarse al cielo.

Mis libros predilectos duermen sobre una mesa,
han pasado ya días sin que apenas los abra:
¡Yo que pensé, con ellos, consolar mi tristeza
y llenar mi silencio con su grata palabra!
Y es que el bosque y el río, con voz más persuasiva,
me invitan a una dulce vida contemplativa.

M I R U E G O

HA llovido en el campo. La tierra, esta mañana,
tiene la cara limpia de una joven aldeana
que se ha puesto de gala y ha madrugado a misa
llevando en sus pupilas una clara sonrisa.

Es domingo. Hay sol. El valle está sereno.
Y yo, más que otras veces, me siento un hombre bueno.



Marcho por los senderos orillados de flores,
aspirando con ansia este dulce aire amigo
que le hace a uno fuerte como los labradores
que remueven la tierra y que siegan el trigo.

Pasa una guapa moza a quien besé yo un día
como se muerde el fruto que cuelga de una rama
cuando el deseo excita nuestra glotonería.
Detrás de su rebaño, sobre la verde grama,
mientras la alegre esquila sus claras notas riega,
ella completa el cuadro de agreste poesía,
simbolizando el alma de esta América mía.

Suena el golpe de una hacha que hace leña en la vega
y al leñador mis ojos le buscan obstinados
en el fondo del bosque de pinos perfumados;
y, aunque el follaje espeso le oculta a mis miradas,
sé, por el can dormido al pie de la alta peña,
que es Andrés quien me roba, los domingos, la leña.

Conduciendo a su vaca de anchas ubres rosadas
que al ritmo bambolean de su paso cansino
mientras la azota el anca la cola juguetona,
por el recuesto baja un viejo campesino
cuya figura tiene el noble continente
de aquel que traza el surco y arroja la simiente.
La paz del campo baña su cara bonachona
lleva el ronzal su mano y, sujeto entre el brazo,
un haz de hierba fresca cogida en el ribazo.

* * *

Un musgoso peñasco que se alza en la ladera
tienta mi loca erranza y mi planta ligera;
y, al ascender, me alivia saber que están distantes
los vestidos de moda, los necios petulantes
y aquel rumor urbano de turba vocinglera.

Ya en el borde saliente que me sirve de asiento
me descubro la frente a que la airce el viento,

y, bajo el sol que tuesta mi blanca tez pulida,
dilatándome el pecho, complacido, yo siento
que circula en mis venas un torrente de vida.

Mi juventud se anima de una alegría extraña,
y un hondo amor me nace por esta tierra mía
que al cabo me revela, bajo el profundo cielo,
que en ella está la dicha que persigue mi anhelo.

Y entonces, frente al valle y al pie de la montaña,
mientras el sol avanza por un cenit de fuego
y tañen los zagales su rondador de caña,
dirijo al campo augusto mi apasionado ruego:

Campo de alegres ríos y de bosques sonoros
en donde repercute el mugir de los toros;

campo donde proyecta su sombra pasajera
el cóndor que en su cuello luce blanca gorguera;

campo por donde cruzan millares de caminos
hollados todo el día por rudos campesinos,

cuya tosca figura, junto a la hoz y al arado,
cobra un alto relieve de hondo significado:

A tí vuelvo de nuevo, campo de dulce nombre,
donde tuve la gloria de aprender a ser hombre.

Pero esta vez regresa mi juventud enferma
y aridecido el pecho como una tierra yerma.

Vengo de una lejana Babel cosmopolita
donde todos los vicios se han dado puntual cita,

y traigo la existencia consumida de tedio,
seguro, de a tu lado, encontrar el remedio:

Hazme animoso y fuerte como son tus aldeanos
que doman a los potros corriendo por los llanos;

dame la paz que tiene, a la luz vespertina,
toda rubia de sol, la cordillera andina;

haz que la miel sabrosa de tus frutas tempranas,
cogidas en el huerto por mujeres lozanas,

endulce la amargura que me dejó en los labios
lo que aprendí en los libros y escuché de los sabios.

¡Y, sobre todo, oh, campo, enséñame tu ciencia
maravillosa de simplificar la conciencia!

ESPERANDO LA SIEMBRA

ES la hora meridiana. La tierra generosa,
después de dar el fruto de su entraña profunda,
como una madre exhausta parece que reposa,
¡oh, apariencia engañosa de su vida fecunda!

En un cielo de fuego, los árboles copudos
se recortan, inmóviles, igual que en una estampa,
los sonoros clarines del viento se hallan mudos
y rumian, soñolientas, las yuntas en la pampa.

Tendidos a la sombra de los setos floridos,
robando el día al amo, los toscos labradores,
sobre el suelo musgoso se han quedado dormidos;

y, abierta en hondos surcos, bajo el sol inclemente,
reverberante espera la tierra de labores
la mano sembradora que esparza la simiente.

E N L A D E H E S A

CON la cola ahorquillada vuela una golondrina
rayando el cielo claro. Trae el viento rumores
de fronda estremecida y de arroyos sonoros.
La vacada opulenta mancha la esmeraldina
pampa de la dehesa con sus vivos colores,

y, en la tarde fastuosa que derrocha sus oros,
como un áureo rocío, sobre el haz de la tierra,
suena ronco y potente el bramar de los toros
como un grito de guerra.

GRANUJAS Y LAVANDERAS

EN la orilla del río cantan las lavanderas,
mientras tienden las ropas sobre los matorrales
ofreciéndola al beso del sol de mediodía.
Bajo la luz radiante van las aguas viajeras,
enjoyadas sus ondas de rica argentería,
rumoreando una alegre música de cristales.



Suena en el aire un coro de risas infantiles;
los mirlos silbadores huyen de los chaparros,
y en donde el agua finge una pupila viva
que mirara a la altura en quietud pensativa,
los ociosos granujas, de truhanescos perfiles,
haciendo "pan y queso", lanzan filos guijarros.

L A S C A B R A S

CARACOLEA el humo azul de la cabaña
alzándose en el aire de un crepúsculo de oro
que incendia la rocosa cumbre de la montaña.
Costeando la ladera, en bullicio^{do} coro
de balidos, las cabras suben por los senderos,
desde la playa llena de "huarangos" floridos
donde tejen las tórtolas en las ramas sus nidos
y por la noche cantan pájaros agoreros.

**Inmóvil, la figura del pastor, se perfila,
vigilando el rebaño desde un peñón saliente;
cual campana pascual tintinea la esquila
y la bíblica estrella se apunta en el oriente.**

E L P Á R A M O

CORONADO de rocas engastadas de hielo,
en una última audacia de la gris cordillera,
taladrando la piedra zafirina del cielo,
se yergue un calvo monte sobre una pampa austera.

El sol de mediodía desde lo alto fulgura
y su luz cae a plomo sobre el páramo andino,
reverbera a lo largo de la vasta llanura
y chispea en la arena del desierto camino.

Una calma que oprime pesa sobre el paisaje,
y un olor sulfuroso impregnado al ambiente
hace temer que exista en la cumbre salvaje,
empenachado de humo, algún cráter hirviente.

Envuelto en el silencio que desciende del monte,
parece todo el campo sumido en un letargo;
la soledad se agranda igual que el horizonte
y hace más hondo al cielo y al camino más largo.

En actitud doliente, tristes árboles mudos
de la falda pajiza se alzan como agostados,
y sus ramas sin hojas son cual brazos desnudos
de ciegos que el espacio tentaran angustiados.

El viento se ha dormido en los hondos barrancos
y su soplo no airea el arenal que abrasa;
ni luciendo el encaje de sus collares blancos
los cóndores otean desde el aire su caza.

Finge sobre la cumbre eternizarse la hora,
y cuando es más solemne la quietud del instante,
de improviso, la pampa, que el sol de estío dora,
se anima con la humana visión de un caminante!

LA ORACION DEL TRABAJO

CON el canto del gallo he saltado del lecho,
sintiéndome ligero lo mismo que un muchacho
que ha dejado la escuela y ha olvidado los libros
y retoza contento como un potro en los prados.

El trajín del ordeño llena la madrugada.
Las mansas vacas mugen de maternal reclamo

y, en el frío del aire, sus húmedas narices
despiden el aliento como un cálido vaho.

Fieles manos sumisas de familiar esclava,
hecha espuma, me ofrecen, en un mate colmado,
la leche alba y fragante de las ubres más plenas,
hinchidas por el jugo de los más ricos pastos;
y yo la bebo a sorbos, devotamente, como
si con ella bebiera la salud de los campos.

El sol naciente dora las copas de los árboles,
de cuyas frescas ramas le saludan los pájaros,
y saca a los gañanes de sus chozas humeantes
para empezar la diaria oración del trabajo.

Fiesta de luz y júbilo es la clara mañana
que al paisaje decora de altos montes nevados,
y pone ante los ojos inmensas perspectivas
de horizontes lejanos.

El aire huele al trébol en flor de los potreros
y me recuerda el grato perfume de unas manos:
yo lo aspiro sediento, como para embriagarme,
soñando que las tengo pegadas a mis labios.

Me siento ágil y alegre. Esta vida tranquila,
como un cielo sereno, reverdece mis años
y me presta impacientes bríos de animal joven
que fatiga sus ansias galopando en los llanos.

Me voy a los cultivos. Tomo por un sendero
cortado en la ladera. Me preceden los galgos,
terror de los pastores que miran de las breñas
cómo espantan, voraces, la paz de sus rebaños.

Llego a una amplia llanura rodeada de colinas
almenadas de riscos. Allí están los sembrados,
frescos, exuberantes, con su eterna promesa,
halagando los ojos codiciosos del amo.



Verdean los maizales de anchas hojas lustrosas
cuyas cañas rematan en floridos penachos;
ondulan los trigales, sin presentir la siega,
dorando sus espigas para el pan cotidiano;
y, más allá, en la tierra magra y empobrecida,
como una hembra agotada por innúmeros partos,
treinta rudos labriegos hunden sus filas barras
y roturan el suelo que se abre como un cráneo.

Me detengo a mirarles. Para mí, su figura
—barro mal modelado,
con tosquedad de tronco y cohesión de roca—
en mitad de la pampa, es un símbolo agrario.

Como un jadear de fuelles se escucha en la mañana
el respirar ansioso de sus pechos bronceados,
y se acusan, atléticos, bajo las tenues ropas,
sus músculos potentes de hombres fuertes y sanos.

Viéndoles cómo sudan, me avergüenzan mi inercia
y mis manos cuidadas de hombre civilizado,
que vive del ensueño, entre libros y flores,
en un contemplativo ocio de visionario.

Y un impulso de orgullo y de viril protesta,
contra esa vida inútil que me asemeja a un zángano,
me hace empuñar la barra, cuyo peso se agranda
para la resistencia de mis músculos laxos.

Y entre el burlón asombro de los zafios gañanes
cuyos ojos rapaces me miran de soslayo,
también yo, el patrón pulcro, el de rubios cabellos,
confundo con la suya mi fatiga, y trabajo.

El sudor de mi frente moja la tierra dura
y el roce del acero me hace sangre las manos
¡pero una savia nueva fecunda mi cerebro
y la fuerza, que es vida, congestiona mis brazos!

I N D I C E

Como única verdad	5
Sube a la alta montaña	7
Al poeta	9
Mi madre	11
Penas de ayer	13
Mirando tu retrato.	15
Predicción	17
Los caminos	19
Aleluya	23
Así me ha de llamar un día	25
Para tí, disoluto	29
Canto al sol	31
A su Majestad Serenísima Isabel I	33
La pregunta funesta	35
Imploración	37
Demos todos los besos	41
Esperar, siempre en vano	43
Tu carcajada	45
Mía sola es la culpa	47



¡Detente!	49
Página de álbum	53
Bien está que llores	55
El Cura de Aldea	57
Doña Pilar	61
Versos ingenuos	65
Tu vida es hoy un sueño	67
Filosofía erótica	69
La dicha	73
Ven hoy	79
La loca	81
Canto a la Primavera	85

DE LA EPOPEYA AMERICANA

Bolívar	91
-------------------	----

CAMPOS DE EGLOGA

Mi retiro	97
Mi ruego	101
Esperando la siembra	107
En la dehesa	109
Granujas y lavanderas	111
Las cabras	113
El páramo	115
La Oración del Trabajo	119

OBRAS PUBLICADAS :

Alba Sentimental (versos) 1.923

Reflejando la vida (versos) 1.929

EN PREPARACION :

El Aventurero (novela)

Horas de Ocio (cuentos)

